

IX

¡Y yo que acusaba á la Virgen de no curar á los enfermos por quienes me intereso! Verdadera alegría tengo esta mañana. Voy á la clínica, y desde lejos veo la puerta sitiada por la gente. Sé lo que suele significar semejante afluencia de peregrinos : acaban de conducir á presencia del Dr. Boissarie á uno ó más enfermos curados, ó pretendidos tales, después de una inmersión en las piscinas. En efecto, es la hora de los baños. Un camillero que me conoce hace que me dejen pasar, y penetro en la oficina.

— ¡A tiempo llega usted! exclama el doctor. Cuente, cuente, hermana, lo que ha sentido usted cuando la metieron en el agua.

Recibo un golpe en pleno corazón : ¿es posible? en una silla está sentada la monjita blanca de Saint-Brieuc; sus mejillas tienen el fuego de la fiebre, y en sus ojos, que por primera vez veo abiertos, arden dos llamas azules. En el

suelo están su cesta de mimbres, un aparato medio roto, fragmentos de escayola, y trapos manchados de pus reciente.

Con voz jadeante, la hermana Justiniano dice, alegremente y de prisa : He padecido mucho; toda mi cadera derecha ha crujido; entonces, me sacaron del agua, pero como no se me calmaban los dolores, pedí que me bañaran otra vez, y esta vez cesó el dolor; sentí que mi pierna recobraba su posición normal, y me levanté.

— ¿Y cuánto tiempo hacía que estaba usted en el aparato? sigue preguntando el doctor, que, mientras, examina los certificados facultativos que tiene entre manos.

— Un año; pero ya no podía moverme de la cama mucho antes de que me pusieran el aparato de escayola. Y añade la monja, como hablándose á sí misma :

— ¡Qué contenta se va á poner nuestra madre!

— Será menester que vuelva usted á la piscina antes de marcharse, dice por fin el doctor; la cadera ha recobrado su juego normal, pero no así la rodilla : vamos á ver, pruebe á andar un poco.

La hermana se levanta y da algunos pasos, aunque con trabajo; le acercan una silla; mientras, crece el tumulto detrás de la puerta y de las ventanas; el Dr. Boissarie exclama : « ¡Me

la van á hacer trizas cuando salga! » y manda á unos cuantos camilleros que vayan á buscar un coche y que la acompañen. Pero á seguida añade : « No, preferible es que salgan ustedes por la puerta trasera. » También ésta está obstruida por gentío que quiere ver á la monja; tanto, que es menester hacer esfuerzos colosales para cerrarla, una vez salidos los camilleros.

— ¿Le han dicho á usted, me dice el doctor, que el pequeño de la peregrinación de Belley está ya en pie?

— ¿El pequeño del aparato de madera?

— Sí.

Esto sí que quiero verlo yo mismo, con mis propios ojos, y tocarlo con mis manos. Me lanzo, como una bala, por entre la gente; pero se agarran á mí mujeres que quieren saber noticias de la religiosa miraculada; un sacerdote á quien no conozco, casi se enfada al decirle yo que no es posible darla por curada, puesto que sigue hinchada la rodilla; le hago el efecto de un incrédulo. Acabo, sin embargo, por desprenderme de tantas manos, y voy pensando que, á falta de curación completa, cosa que ya sólo es cuestión de días, tan divinamente cambiada está la monjita, que resulta desconocida: ¡Ella, incapaz hasta ahora de moverse, tan lívida, tan débil, tan casi muerta, la he visto hablando, sentada, con mirada ardiente y mejillas empurpadas! me ha parecido hallarme frente á una

resucitada. ¿Habrá ocurrido lo mismo con el pequeño?

Llegado al hospital, subo á escape á la sala reservada á los peregrinos de Belley, y lo primero que veo es, sobre la cama, el aparato de madera; al verme, la monja, alegre sobremañera, da palmadas.

— ¡Le parece á usted cuánto nos mima la Santísima Virgen, señor mío! ¡tenemos dos curaciones! ¡la señora que allí está y que sólo leche podía beber, y eso con ayuda de un tubo de caucho, ya no se asusta ante un plato de ternera con patatas! ¡no bien terminó de comer una ración, pidió otra! ¡y, qué me dice usted del niño á quien usted visitó... eso sí que es un milagro!

— ¿Dónde está, hermana?

— ¿Dónde está?... pues corriendo por los pasillos; no hay medio de sujetarlo; voy en busca suya.

Sale, y al cabo de algunos minutos vuelve con el pequeño.

— Figúrese usted, dice la religiosa, que ha sido menester comprarle calzado, puesto que vino tendido en una camilla y sin zapatos; y mientras una buena señora iba á una zapatería, no quiso el chico quedarse quieto: con los pies descalzos ha estado galopando por los pasillos.

Le pregunto al niño si está contento. No contesta, mirando con disgusto sus zapatos.

— Vaya, no seas majadero, le dice la hermana, te daremos otro par, puesto que dices que los querías de color avellana; la señora que te los ha comprado irá hoy mismo, contigo, en busca de ellos; mientras, no pongas ese ceño, y contesta á las preguntas de este señor.

— ¿Qué has sentido cuando te hundieron en el agua?

— No sé.

Finalmente, á fuerza de preguntas, la monja le arranca que sintió como una sacudida, pero sin dolor.

— Vaya, ahora que estás aquí tranquilo, vuélvete que te mude de camisa. — Y quita la monja una camisa manchada aún de pus reciente, y veo en los riñones la corona de abscesos, ya seca, formando costras medio levantadas, bajo las cuales asoma una piel sonrosada y delgada, completamente nueva.

— ¡Cuando pienso que todo esto estaba en carne viva y que arrojaban tanto pus! dice la hermana; y vea usted la pierna, se ha puesto derecha, y funciona tan bien como la otra, sin esfuerzo, sin cansancio. Ni siquiera cojeará el muchacho; está completamente curado.

Éste se impacienta; no disimula que querría marcharse. Lo dejamos en libertad, y á todo correr abandona la sala.

— ¡Lo mejor del caso, añade la hermana, es que ha sido menester enfadarse para que se

dejara bañar! gritaba, le tenía miedo al agua: ¡bien puede decir que nos ha hecho rabiarse un poco, el tal mocosito!

Me despido de la hermana y me voy á la capilla del hospital para rezar un diez del rosario; muy simpática, esta capilla, algo obscura, más íntima que las demás iglesias de Lourdes; se parece á una cripta, con la bóveda de su techo bajo, su altar situado en el fondo, en la penumbra, dominado por una estatua de Nuestra Señora de la Piedad; algo más lejos se alza otra estatua á la que sienta bien la sombra que la envuelve, y que con buen acuerdo han colocado en este sitio: san Juan de Dios, llevando en sus brazos á un enfermo; incurables, mientras yo rezo, pasan, sentados en bancos, las cuentas de su rosario: aquí se apaga el tumulto del hospital, con la febril agitación de sus pasillos.

Y una vez más pienso en las distintas maneras de efectuarse las curaciones. La hermana Justiniano ha padecido mucho en la piscina, su pierna se ha enderezado, pero su rodilla ha quedado hinchada y sin juego; en cambio, el pequeño nada ha sentido, y, de un golpe, ha quedado completamente sano.

Me ensimismo en estas meditaciones al salir del hospital, pero, al pasar la verja, tropiezo con una nueva peregrinación que se dirige hacia la gruta; á su cabeza va un ser automático que enarbola una bandera inglesa. Todos, hombres

y mujeres, llevan en el ojal una cinta tricolor, cuyos colores están dispuestos en sentido vertical. Nadie canta; únicamente charlan mujeres con lentes, cuyos dientes quieren salirse de las encías.

Un sacerdote muy conocedor de Lourdes me dice: Esos ingleses van á arramblar con todo, tomarán los mejores puestos, exigirán formar á la cabeza de las comitivas; pero, tranquilícese usted; no los padeceremos mucho tiempo. Pasado mañana, todos ellos se habrán ido de excursión; han traído poquísimos enfermos, quizá ninguno; mirándolo bien, más bien son turistas que peregrinos.

Regresamos juntos á la explanada.

— Fíjese, prosigue el sacerdote, en qué pocos milagros indiscutibles podemos apuntar, en esta época, en Lourdes, á pesar de ser tanta la gente que aquí acude y reza. Busque usted la causa de tal anomalía, y quizá la encuentre en esa masa de curiosos venidos en automóvil, de Pau, de Bagnères, de Argelès, de Caunterets, de Luchón, de todas las estaciones balnearias de las cercanías, para comadrear y divertirse aquí...

Con motivo de la pobreza de cerebro y la no menos pobreza de alma de la mayoría de esos funestos snobs que se disfrazan de fieras carnívoras para atropellar y matar, en un delirio de velocidad, á mujeres y á niños en las carrete-

ras, se orienta la conversación hacia los impulsos del satanismo, y puedo darme cuenta de lo incomprensivo que puede resultar un sacerdote inteligente en cuanto de arte se trata. Le hablo de la ignominia monumental de Lourdes: ni siquiera había él caído en ello. Me contesta que en todas partes es lo mismo. Yo insisto en que no, en que aquí en este feudo especial de la Virgen, la fealdad artística es más atroz que en cualquier otro punto. Al explicarle el triunfo cazurro del diabolismo de las estatuas plantadas en las iglesias y sobre la explanada, me hace observar el clérigo que aún hay otra cosa, y que esa cosa la sé yo tan bien como él: que la presencia de la Virgen atrae la presencia del demonio; pero que, en Lourdes, este fenómeno es más particular. Puede comprobarse que quien primero ocupó este puesto fué el demonio, y que vino la Virgen á echarlo.

Desde las épocas más remotas conocidas por los investigadores, queda averiguado que este lugar fué siempre visitado por el Maldito. Las excavaciones efectuadas, desde el punto de vista prehistórico, han dado como resultado el descubrimiento, en las cavernas de Espelugues, vecinas de la gruta, de sílex afilados, de varas de mando, de puntas de flechas fabricadas con astas de rengífero, de esqueletos de animales, y, sobre todo, de osamentas humanas, calcinadas y hendidas en sentido longitudinal para ex-

traerles la médula. Queda, pues, permitido el pensar que en este país han abundado sacrificios humanos, y que aquí se despedazaban, se asaban y se comían víctimas.

Por otra parte, corre con insistencia una leyenda respecto del pedazo de roca que aún existe detrás de la estatua de la Virgen, en la excavación de la gruta, en el sitio mismo en que Ella apareció. Ese bloque de granito presenta, según unos, un grano de piedra tan especial, que es preciso ir á Mongolia para encontrar alguno igual; en este caso, habría sido traído aquí, no se sabe en qué época ni por qué tribus nómadas; según otros, la composición de su materia sería, sencillamente, la de los dolmenes bretones; finalmente, los hay que creen que ese bloque ha debido de caer de la sierra granítica de Gavarnie, que en otros tiempos se extendía hasta las llanuras de Lourdes. De todas maneras, si no se entienden sobre su procedencia de origen, los geólogos están de acuerdo en ver en ese bloque una piedra para sacrificios, consagrada á divinidades infernales que sólo con repetidas libaciones de sangre se apaciguaban...

Me digo, al escuchar todo esto, que nada prueba en cuanto al diabolismo particular de Lourdes, pues en casi todas las cavernas de todos los países se han encontrado piedras de ese género y huesos humanos calcinados y hendidos.

Pero mi sacerdote prosigue:

— En un libro recientemente editado por la librería Savaète, de París, monseñor Goursat cita el testimonio de dos arqueólogos: los señores de Caumont y de Mirville, según el cual dicha piedra habría sido dedicada á Venus Astarté, es decir, á la que Eusebo llama: el infame demonio, la cruel diosa de la voluptuosidad.

Y emite el parecer de que la aparición de la Inmaculada Concepción en Lourdes ha tenido por particular objeto el arrojar de la gruta el culto del pecado original del que quedó Ella exenta.

Como usted ve, con esto ya pisamos sobre terreno más firme; pero hay otro, terreno, más movedizo, sin duda, pero muy antiguo también. ¿Lo conoce usted? Según una tradición que parece inspirada por la historia de Sodoma, Lourdes se alzaba, en otro tiempo, á orillas de un lago, del que se extiende en el lado izquierdo de Vizcaya; y Dios, para castigar á esta ciudad por crímenes que la similitud del castigo le hará á usted comprender, la hundió, cual en un mar Muerto, bajo las aguas de aquel lago, que para ello se levantaron. Una mujer, á la que había perdonado y que al huir volvió la cara, cosa que Dios le había prohibido, fué cambiada, no en estatua de sal, como la esposa de Loth, sino en un monolito: el cual monolito no sería

sino el de Peyre-Crabere, situado en el camino de Pouyferré.

De todos esos fabulosos cuentos parece deducirse que esta ciudad, escogida por la Virgen, fué una de las más antiguas guaridas del demonio. — Después de todo, muy posible es que así sea. — Igual suerte le cupo á Garaisón, prefigura de Lourdes, en donde María se mostró en la landa del Chivo, en el sitio mismo en donde presidía Satanás las nocturnas abominaciones del aquelarre; pero, aun omitiendo los hechos más modernos ocurridos en la gruta de Massabielle: la reaparición de la mancha edénica, los gritos infernales que oyó Bernadette y la posesión de las falsas videntes, hay ya, creo, suficientes pruebas de que el diabolismo, bajo varios aspectos, arrecia en Lourdes, para que no sea menester averiguar la mayor ó menor veracidad de lo que me cuenta mi amigo el abate.

Nos separamos; él se dirige hacia el Rosario, y yo, deseoso de sustraerme esta mañana al mareo de la gente, voy á pasearme hasta el convento de la Inmaculada Concepción, sito detrás de la residencia de los antiguos Padres de Garaisón y de la casa episcopal, en el camino que conduce á Betharrám.

Desde dos años que hace que vengo aquí, sólo censuras he oído respecto de las monjas del susodicho convento, apodadas en el país: « las grandes damas, las coquetas de Dios »,

sin duda por la riqueza de su traje teatral, pues se ponen vestidos blancos de cola para ir á su capilla; en la calle van más sencillamente ataviadas, van de azul.

Son, en todo caso, personas muy comerciantes y de carácter agrio. Dan albergue, mediante dinero, á algunas señoras, lo cual, por supuesto, exaspera á los fondistas de Lourdes, y tienen pleito con el Ordinario por cuestiones de paredes medianeras y de camino. Han perdido su pleito, pero de tal manera han sabido maniobrar en Roma, que han conseguido el quedar sustraídas á la jurisdicción episcopal de Tarbes.

Yo, que nada tengo que ver con esas disputas, me propongo simplemente visitar su capilla, con la esperanza de poder, quizá, rezar tranquilo.

Después de haber costeadado el camino al que dan las cavernas de Espelugues, abiertas en la parte baja de la montaña en cuya cúspide se halla el extraño grupo del vía crucis que conocemos, y mirado las susodichas excavaciones, cerradas con verjas y convertidas en húmedas capillas consagradas: una á Nuestra Señora de los Dolores, y la otra á santa Magdalena llego ante un lujoso monasterio y una iglesita cuyo primer aspecto no deja de desconcertarme un poco; la entrada es una rotonda con cristales, una verdadera estufa, dando á un pasillo alegrado igualmente por amplios ventanales y que

termina en una mampara de terciopelo carmesí; al empujarla halla uno, en una larga galería, un saloncito de muchas pretensiones, que tiene un altar en el fondo. Todas las devociones de orden inferior, omitidas en los demás santuarios de Lourdes, se han dado cita aquí: San Antonio de Padua, San Expedito, representados por yesos pintados salidos de tiendas de la calle Saint-Sulpice, de París; pero la pieza más importante, la obra maestra es una estatua de cera coloreada de Santa Filomena, acostada en una caja cerrada por un pupitre de cristal que se alza para que la gente deslice en la caja tarjetas de visita y cartas!...

Mientras, algo extrañado, me arrodillo, damas con larga cola blanca efectúan entradas solemnes en el coro, por el lado del patio y por el del jardín. Parecen estar en escena, y, en efecto, miran al público para enterarse de que se las admira.

¡ Vaya unas comediantas de la devoción!

No, no es éste el sitio tranquilo é íntimo que yo había soñado; este género de monjas no mueve á devoción. Ya fuera, en el camino público, pienso en otro no menos extraño convento, en donde se ven, no religiosas con hábito, sino mujeres vagamente inquietas, con traje de calle.

Dicho convento, situado en la otra punta del país, al pie de un monte seco y desnudo que parece haber sido formado con carros de basura

acumulada durante siglos, posee una singular capilla colgada de una tela encarnada, sembrada de flores de lis amarillas, y adornada de un surtido de baratijas devotas de origen italiano, de un rojo chillón y de aspecto sonriente, como las que se ven en algunas tiendas de la calle del Bac, en París.

Había antes, en ese convento, un Cristo de dicha fabricación que movía los ojos y que hipnotizaba los bolsillos, vaciándolos. Intervino el obispo y lo suprimió; yo, siempre que entro en ese establecimiento forrado de rojo, que participa del café concierto y del teatro de feria, creo percibir un husmillo de herejía. Por cierto que no se celebra en él ninguna ceremonia del culto, y las religiosas, dado que lo sean, son Pasionistas, pero Pasionistas independientes, sin lazo alguno con ninguna de las casas de dicha Orden.

Por fortuna, Lourdes encierra instituciones más serias: Dominicas encaramadas en lo alto, detrás de la vía de los trenes; Carmelitas frente á la gruta, del otro lado del río, y Clarisas, en el reborde de la cascada del Gave.

Ando despacito, mirando estas plantas más expresivas, más olorosas que las que se crían en los llanos, que florecen á lo largo del camino. Aquí, los eléboros verdes son enormes, las pulmonarias, de campanillas sonrosadas ó de color lila, de hojas empedradas de blanco, son dos

veces tan grandes como las cultivadas en las regiones del centro; pero la suntuosidad de los tintes, en las laderas de las rocas es donde hay que ir á buscarla. Hay, en este camino, rocas salpicadas, cual de polvo de plata, por líquenes; otros ostentan fastuosos musgos de un amarillo de botón de oro y de un brillante anaranjado.

Y á cada paso me cruzo con mujeres que vuelven del bosque, y sobre cuyas cabezas se balancean pesados haces de leña. En este país, en esta forma se lleva todo, pese ó no pese la carga, ya se trate de ramas secas, de cestas, ó de un paquetillo insignificante: la cuestión es tener libres las manos y poder hacer media mientras se camina.

También pasan pesadas carretas en forma de cuna, arrastradas por buyecillos que tienen una piel de carnero sobre la cabeza, y un amplio lienzo sobre lomos y riñones.

Mientras subo y bajo, pues en Lourdes es casi imposible dar con terreno llano, llevo á una garganta, cerca de un manantial canalizado y de un puentecito. Estoy en el valle del caos. A pérdida de vista se escalonan gigantescos picos grises, pelados, sin asomo de verde; formidables peñascos, caídos de los montes, siembran el suelo. Podría uno creerse á mil leguas de todo territorio habitado, en medio de una naturaleza silvestre, si no fuera por los postes telegráficos plantados en las anfractuosidades

de las vertientes, y si el martilleo de los picapedreros no nos dijera que están éstos vaciando los flancos de los montes.

Me siento sobre el reborde del puentecillo. ¡Qué alegría, el estar solo un momento! Se le disipa á uno la borrachera, pues realmente emborracha la algarabía de las multitudes; entre mucha gente ya no es uno su propia personalidad, sino un compuesto de no sé qué seres alocados que giran sobre sí mismos con movimiento de peonza. No puede uno retroceder un poco para darse cuenta del efecto, tiene el mareo del alma; todo se enturbia; apenas si puede acudir á la oración íntima, pues, en el momento de recogerse, de ensimismarse, el rosario es rezado en alta voz, y acaba uno por ser cogido en el engranaje de esa rueda vocal, acabando por moler también oraciones con ella.

¡Ah, no! ¡No es Lourdes un lugar de delicias para los aficionados á las conversaciones íntimas con la Virgen en el silencio y las tinieblas de las viejas catedrales!

Pero, no hay que cesar de repetirlo: ¿dónde encontrar una expansión de la gracia y un florecimiento de la caridad, más magníficos que aquí?

Y es esto una cosa tan anormal, en una época en que no suele cada uno pensar sino en enriquecerse á costa del vecino, que Lourdes presenta realmente, en los anales de este siglo, un espectáculo único.

En un tiempo en que la Sociedad, agrietada por todas partes, cruje; en que el universo, envenenado por gérmenes de sedición, está inquieto, esperando el resultado de lo que se prepara; cuando oímos claramente retumbar, por detrás de las tinieblas del horizonte, prolongados toques fúnebres, parece como que la abraçada gruta de Lourdes ha sido colocada por la Virgen como una inmensa hoguera en el monte para servir de guía á los pescadores perdidos en medio de la obscuridad que invade al mundo.

Y mientras vuelvo pies atrás, camino de la ciudad, muy á lo lejos, en vez del toque fúnebre que doblan las campanas del porvenir, escucho, cual dulce protesta contra el indecible pánico de los tiempos que se preparan, la hora, tocada por las campanas de la basílica, por encima de la gruta, sobre cuatro notas tomadas de la caricia cantada de la antigua prosa del « Inviolata » : o Benigna, o Regina, o Maria.

X

El abrigo más seguro, mientras se agitan en Lourdes caravanas y más caravanas, es la capilla de las carmelitas, sita frente á frente de la gruta, separada de ésta por el Gave, en lo alto de la carretera de Pau; la ignoran los peregrinos cuya vida transcurre abajo, en la ciudad misma y sobre la explanada. Aquí, nadie se cuida de Santa Teresa, ni, por cierto, de otra Santa cualquiera: sólo la Virgen existe; en los cánticos y en los cantos, sólo á Ella se nombra; todo el mundo reza el rosario durante la misa; son ignorados el santoral y los oficios del día: en ninguna parte se afirma la hiperdulia con tanta vehemencia como en Lourdes.

Sin embargo, en ciertos días es invadido el Carmelo; cuando se anuncia la llegada de centenares de sacerdotes, cuando ya no queda disponible un solo altar en ninguna iglesia, instálanse altares de madera en todas las capillas